11087

Ultimas horas de un Rey

SOLUCION.

ULTIMAS HORAS DE UN REY.

DRAMA HISTORICO ORIGINAL EN TRES ACTOS.

SU AUTOR

DON JOSÉ MARIA DIAZ.

N.º 32.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1857.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/ultimashorasdeun1431dazj

Esta obra es propiedad de DON PABLO AVECILLA que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

LIBRERIA
DE
RUFINO ESTÉBAN
Calle del Caballero de Gracia, 8
Hay un abundante surtido de comedias modernas, usadas, á la mitad de su precio.

207723

PERSONAJES	ACTORES.
BEATRIZ	Doña B.ª Lamadrid.
FELIPE II	D. Cárlos Latorre.
EL PRINCIPE D. FELIPE. . . .	D. Antonio Alverá.
EL CONDE DE EGMONT *(D. Juan)*	D. Antonio Barroso.
EL MARQUES DE DENIA . . .	D. Pedro Sobrado.
RODRIGO VAZQUEZ	D. Pedro Lopez.
EL PRESIDENTE DE ORDENES.	D. L. Ucelay.
EL CONDE DE	
EL DUQUE DE	

Cortesanos, gentiles-hombres, *etc.*

ACTO PRIMERO.

Cuarto en el monasterio del Escorial; puerta en el fondo; puertas á la derecha y á la izquierda. Una mesa con escribanía; un sillon y un taburete en que el Rey coloca la pierna.

ESCENA PRIMERA.

El Conde de Egmont.—El Marqués de Dénia.

Marq. *(Examinando unas cartas.)*
Cartas de Flandes son.
Conde. Me recomienda
del Conde ilustre la amistad.
Marq. La mia
tendreis, don Juan.
Conde. Señor...
Marq. Alaba mucho
vuestra lealtad y noble bizarría.
Conde. *(Aparte.)*
Mi lealtad!
Marq. En la discorde Flandes
con decision el estandarte augusto
sostuvisteis del Rey.
Conde. *(Con ironía.)*
La buena causa
mi brazo sustentó.
Marq. Venis el premio
en palacio á buscar?
Conde. Mi recompensa?
Hallarla espero en la sombría córte
del Rey de España.

MARQ. Meditad un poco
antes de penetrar en su palacio:
la morada del Rey es un misterio,
don Juan, y en ella caminad despacio.
CONDE. Lo sé.
MARQ. Yo haré por vos cuanto pudiere...
CONDE. De Su Alteza gozais el valimiento...
MARQ. Pero es antes el Rey...
CONDE. Yo solo pido
presentarme en la córte.
MARQ. Me parece,
don Juan, que ya insistis de inadvertido.
Tal vez al penetrar en la morada
del Rey, que tiene con sus piés hollado
un mundo nuevo, y á la Europa ofrece
de ambas Castillas el pendon morado
como imperiosa ley, tal vez creisteis
en vuestra acalorada fantasía,
que ese monarca á la ambicion del hombre
audaz en las batallas sonreia.
Error! Funesto error! En este oscuro
lugar do se alza su temible sólio
envuelto siempre en misterioso manto,
ni estremece la voz del Capitólio,
ni reflejan las glorias de Lepanto.
CONDE. Lo sé, Marqués: del español monarca
los cortesanos en la sombra esconden
la luz de la verdad; pero hay un dia
feliz de las naciones en la historia
que vencedora á la razon presenta
de la mentira y la calumnia.
MARQ. Cuánto
os engañais! Aqui donde se aplaude
como virtud la vil hipocresía,
donde se niega al afligido llanto
de una madre el consuelo, y en la oscura
prision de estado encadenada tienen
con mengua propia de lealtad mas pura,
nunca, don Juan, alumbrará la aurora
de justicia y piedad. Rodrigo Vazquez
apagará esa luz si hay quien la encienda,
ahogando en sangre el elocuente grito
del inesperto redentor. Ni piensen

vuestra hidalguía y vuestro honor, que ahora
el fuego victorioso de Pavía,
de San Quintin y de Lepanto dora
rayos de luz en su diadema... Luto
reina do quiera...

CONDE. Entre las sombras vive
el Rey de España, mísero juguete....

MARQ. No conoceis al Soberano! Astuto
una vez y otra audaz, en sus empresas
como á instrumento vil maneja al hombre;
y cuando el zumo de su mente esprime
y de sus brazos el esfuerzo agota,
máquina inútil en sus reinos, queda
al leve soplo de sus lábios rota.
Asi hemos visto al valeroso Duque,
de Flandes domador, de Italia espanto,
que arrojaba las leyes de Castilla
en los flamencos escuadrones rotos,
ir á un destierro y desde allí cediendo
de España entera á los ardientes votos,
blandir su espada con robusta mano
y á los piés arrojar de su monarca
la corona del reino lusitano.
Asi desciende de la alzada cumbre,
de su inmenso poder, Antonio Perez,
y en la orilla del Támesis y el Sena
devora su violenta pesadumbre.
La muerte ha dias que en el hondo hueco
de los sepulcros la verdad encierra
de un suceso fatal... Sabe la Europa
(Con misterio.)
por qué tan pronto recibió la tierra
al Príncipe don Juan?

CONDE. Será posible?...

MARQ. Secretos son del Rey! Su triste surco
no pinta la afliccion en su mejilla,
ni en la pupila de sus ojos frios
el resplandor del entusiasmo brilla.
Solo una voz en tiempo muy lejano
altiva, osada, irresistible, ardiente,
de sus secretos penetró el arcano;
pero esa voz perdióse en las arrugas
que surcan hoy su decaida frente,

y el desengaño le gritó tan alto,
que al fin secóle el corazon herido,
de enamoradas ilusiones falto.

CONDE. Señor Marqués, tal vez mi inesperiencia
en tanto escollo por mi mal zozobre,
mas á un poder que la razon mas fuerte
ciego me rindo; en su real presencia
resonará mi voz.

MARQ. Y de qué modo
adquiristeis del Conde protecciones
para llegar á mi?

CONDE. Su Señoria
mis prendas estimó, porque valiente
me vió en el campo de batalla un dia.
Despues... os ruego que al ilustre Conde
nada escribais de lo que digo...

MARQ. *(Dando la mano al Conde.)*
Nunca
mentí la fé de mi palabra y mano.

CONDE. »Don Juan, me dijo, en la revuelta Flandes,
no es tan fácil medrar; en el hispano
confin y córte de mi Rey Felipe,
con el favor de Dios y franca ayuda
de mi amigo el Marqués, podeis mas pronto
á fortuna mayor soltar los vuelos
de esa vuestra ambicion; id en su busca,
dadle esas letras y ensanchad el alma...»

MARQ. Don Juan, ya os dije que el real palacio
sembrado está de precipicios...

CONDE. Cierto...

MARQ. Que en él es fuerza caminar despacio...

CONDE. Yo quiero ver al Rey...

MARQ. A qué ese empeño?
El favor de un monarca moribundo
de una noble ambicion al rico sueño
no puede sonreir. Cuando un reinado
se hunde en la tumba y se presenta al mundo
un nuevo sol sobre el escelso trono,
con un adios que á las cenizas demos
del que monarca fué para ventura,
ó daño del pais, de sobra hacemos.
Un nuevo sol en el oriente asoma,
un nuevo sol, don Juan.

CONDE. *(Aparte.)*
Disimulemos.
MARQ. Quereis servir al Príncipe?
CONDE. Es locura!...
Dónde, Marqués, me conoció Su Alteza?
MARQ. Quereis servir al Príncipe?
CONDE. Si alcanzo
primero hablar al Rey ..
MARQ. Os lo aseguro,
y no ha mentido nunca mi nobleza.
No faltareis, don Juan, al juramento
que le presteis?...
CONDE. Jamás.
MARQ. Sintiera mucho
fuéseis mudable como lo es el viento.
Saldreis de España?
CONDE. Sí.
MARQ. Teneis amigos
en Flandes?
CONDE. Pocos.
MARQ. Decididos?
CONDE. Mucho.
MARQ. Y parientes?
CONDE. Pardiez!
MARQ. Padre y hermanos?
CONDE. Padre!... murió.
MARQ. *(Con misterio.)*
Su Alteza un gran negocio
á vuestra astucia y discrecion acaso
podrá fiar.
CONDE. Cuál es?
MARQ. En vuestra patria
arde la guerra.
CONDE. El español destroza
las mejores provincias de la Flandes.
MARQ. Quereis que se alce la apacible oliva
al pié, triunfante, del undoso Escalda?
CONDE. Si lo quiero!...
MARQ. Don Juan, Su Alteza puede
recompensaros anchamente. Jura
vueseñoría, como fiel y honrado,
á Su Alteza servir?
CONDE. Os lo prometo,

si hablo antes con el Rey.

MARQ. Os doy palabra
de que suceda así: don Juan, secreto.
Alguno llega: el Príncipe...

ESCENA II.

EL MARQUÉS DE DÉNIA.—EL CONDE DE EGMONT.—EL PRÍNCIPE DON FELIPE, *acompañado de dos gentiles-hombres.*

MARQ. Dios guarde
á vuestra Alteza.
PRINC. Y al Marqués otorgue
su bendicion.
MARQ. Su Magestad...
PRINC. Muy tarde
se levantó: para desgracia nuestra
su salud no es completa.
MARQ. Y los doctores?
Dan esperanzas?
PRINC. No; contra los años
de qué sirven, Marqués, yerbas y flores?
Un milagro no mas!... Muy de mañana
en palacio se os vé...
MARQ. *(Besando la mano al Príncipe.)*
Nunca es temprano
para dejaros con respeto prendas
de amor y lealtad en vuestra mano.
PRINC. Ya lo sé.
MARQ. La española monarquía
contempla en vos el servidor mas puro
del heredero de su trono...
PRINC. *(Con misterio al Marqués.)*
Cuándo
podré saber del comisario el nombre?
MARQ. *(Al Príncipe señalando al Conde.)*
Hecha está la eleccion.
PRINC. *(Al Marqués.)*
De aspecto duro,
de siniestro ademan es el mancebo.
Quién es?
(Durante este corto diálogo el Conde de Egmont

permanece retirado y observa con detenimiento el aposento.)

MARQ. Aqui la pretension le guia
de medrar en la córte: á la nobleza
pertenece de Flandes y á mi vino
con protecciones de otro... Me permite
vuestra Alteza?
(Presentando al Conde.)

CONDE. *(Saludando.)*
Señor!...

PRINC. Los que sostengan
en Flandes las banderas españolas
leales son y á mi amistad derechos
conquistan, recompensa merecida
del gran valor de sus hidalgos pechos.
(Con misterio al Marqués.)
Llegó Rodrigo Vazquez?...

MARQ. Nos espia...

PRINC. Por mandato del Rey?

MARQ. Si tal sospecha
la augusta Magestad no mancillase...

PRINC. Dónde tendrá lugar esa entrevista?

MARQ. Dónde? En el Escorial vive una santa
que dia y noche al Dios de las alturas
rezos entona y bendiciones canta.
En su recinto misterioso puede
vuestra Alteza...

PRINC. Está bien.

CONDE. *(Aparte.)*
Aquí sin duda
se decretó su muerte... Padre mio!

PRINC. *(Al Marqués.)*
Despues de caza...

MARQ. Allí estaré.

CONDE. *(Aparte.)*
Perdona,
padre, infeliz, si por vengar tu muerte,
mancho el blason de tu feudal corona!

MARQ. *(Viendo á don Rodrigo en la puerta del fondo.)*
Rodrigo Vazquez...

ESCENA III.

El Príncipe Don Felipe.—El Marqués de Dénia.—El Conde de Egmont.—Rodrigo Vazquez.—*Los dos gentiles-hombres.*

Rodrig. *(Aparte.)*
Vuestra Alteza... Juntos!
Siempre, siempre los dos?... Y este mancebo?...
(Saludando nuevamente.)
Señor!...
Princ. A dónde vais?
Rodrig. Obligaciones
de vasallo leal... El Rey me espera.
Quiere asistir á la capilla y creo
servirle bien, si por mi parte cumplo
su religiosa voluntad.
Princ. Razones
son de gran peso...
Marq. La capilla! Santa
felicidad del corazon!
(Mientras habla Rodrigo, el Marqués lo hace en secreto con el Príncipe.)
Rodrig. *(Aparte examinando al Conde de Egmont.)*
Las señas
le cuadran... ojos... de mirar altivo...
la boca... el talle... el ademan... Sombría
meditacion le ocupa...
Marq. *(Al Conde de Egmont en secreto.)*
Caballero,
en casa de Beatriz, dentro de un hora...
Conde. Beatriz?
Marq. La santa que en el pueblo vive.
Preguntad y esperadme en su morada.
Rodrig. *(Aparte.)*
Siempre las ambiciones acechando
el trono del monarca! El regicidio
su cabeza tambien amenazando!
Conde. No faltaré.
(Hace una reverencia al Príncipe y váse.)
Rodrig. *(Aparte.)* Traidores!... Solo espero

que me permita vuestra Alteza..,
(Las miradas de Rodrigo se encuentran con las del Príncipe.)

PRINC. Es justo.
Marqués de Dénia, tengo en la memoria
cuanto os plugo decir. Rodrigo Vazquez,
consejero del Rey, tened presente
que en la tierra del Cid cosas estrañas
que nadie espera, á lo mejor suceden,
y gobernadnos bien nuestras Españas.
(Sale el Príncipe acompañado de los dos gentiles-hombres.)

ESCENA IV.

EL MARQUÉS DE DENIA.—RODRIGO VAZQUEZ.

RODRIG. Señor Marqués, vuestro favor aumenta
con su Alteza: muy pronto el fausto dia
de una privanza anunciará á la Europa,
que existe en la española monarquía
de Antonio Perez sucesor.

MARQ. De alegre
humor venís; tan inocente chanza,
la he tenido por tal, de que mejore
nuestro Rey en salud, me da esperanza.

RODRIG. Quiéralo Dios!

MARQ. Amen!

RODRIG. No porque tema
el esplendente sol de esa privanza,
que allá en la oscuridad de lo futuro
con luz de incierto resplandor asoma...
no: en mi la envidia penetrar no puede,
ni al huracan que tan de lejos zumba,
calla mi voz y mi entereza cede.
Si quiero la salud de mi monarca,
és porque soy leal, porque en su mano
no será el cetro de Castilla, nunca,
juguete de un astuto cortesano.

MARQ. Don Rodrigo, lo sé. Quien de la cumbre
arrojó del poder á su valido,
y en tierra estraña y proscripcion tremenda

le abruma con la inmensa pesadumbre
de su justicia, la tupida venda
puede tambien rasgar que hoy le fascina
y á otro poder mayor que aflige á España,
hacer pedazos, convertir en polvo
al estallar de su violenta saña.

RODRIG. Señor Marqués!

MARQ. Manifestar queria...
cuanta es la fuerza y el impulso cuanto
de un mandato del Rey.

RODRIG. Nunca un monarca,
al que leal y con amor le sirve,
nunca le deja á la venganza espuesto
de sus rivales.

MARQ. La calumnia fria
á veces roba á la verdad su puesto.

RODRIG. Cuando dudosa la lealtad presenta
razon al vulgo lenguaraz...

MARQ. Que mucho
pueden los envidiosos cortesanos!

RODRIG. Si los escucha el Rey, si alguien se olvida
de arrancarles la lengua con las manos
del verdugo...

MARQ. Fiais en la fortuna?

RODRIG. Aun mas de mi razon...

MARQ. Por lo que escucho,
incauto se olvidó vueseñoria
de que el poder de los que mandan nace
del capricho de un Rey, yedra insegura
que entre sus brazos protegida crece,
y que si pierde su sagrada sombra,
al mas pequeño azar desaparece.

RODRIG. Marqués, dejemos ya por enojosa
esta cuestion. Si de Su Alteza al cabo
consejero hais de ser!

MARQ. *(Sonriéndose.)*
No lo sabia.

RODRIG. Os enoja?

MARQ. No tal; os doy las gracias,
que es lisonjera al fin la profecia.
(Un momento de silencio.)

RODRIG. *(Con indiferencia.)*
Conoceis por ventura ese mancebo

de talle esbelto y ademanes rudos,
de sombrío mirar?...

MARQ. Recomendado
de Flandes viene á mí.

RODRIG. Cómo se llama?

MARQ. Don Juan.

RODRIG. *(Sonriendo maliciosamente.)*
Don Juan?

MARQ. Con pretensiones viene
de recompensas.

RODRIG. Y el Marqués apoya
sin duda?...

MARQ. Por qué no? Tambien Su Alteza
en su favor os hablará.

RODRIG. Lo creo...

MARQ. Por qué?

RODRIG. Le conoceis?

MARQ. Por vez primera
hoy al don Juan de que me hablais he visto;
mas sé, por gentes de feudal nobleza,
que está don Juan por su valor bien quisto.

RODRIG. (*Con sorna.*)
Don Juan!

MARQ. No os agradó?

RODRIG. Como soy viejo,
tengo esperiencia, y porque aprecio mucho
vuestros blasones, os daré un consejo.
En esa edad que se aproxima, cuando
sin trabas dirijais la monarquía,
tened gran pulso al protejer las gentes
de otra nacion. De la amistad los fueros
límites tienen y á nosotros... nunca
nos han probado bien los estrangeros.
Quién os dice, señor, que con el manto
de una ambicion muy noble no se encubre
un ruin aventurero... un regicida...

MARQ. Señor Vazquez, sabeis que esas palabras
ofenden á don Juan?

RODRIG. Y quién lo niega?

MARQ. Teneis motivos por ventura?...

RODRIG. Algunos..

MARQ. Decidmelos.

RODRIG. No tal.

MARQ. Vuestras palabras
inducen á creer...
RODRIG. Y esto os enoja?
Su defensa tomais con mucho empeño;
si le ultrajan á él, que él las recoja.
MARQ. Pediros cuenta de tan grave insulto
le permitis?
RODRIG. Pues no!
MARQ. (*Enseñándole las cartas.*) Las firma el Conde.
RODRIG. (*Examinándolas.*)
El Conde!... si...
MARQ. (*Dándole las cartas: don Rodrigo se las guarda.*)
Tomad... Es caballero...
RODRIG. Y en el escudo de sus armas brilla
la corona feudal...
MARQ. La vil sospecha
que me indicásteis vengará su acero.
RODRIG. (*Sonriéndose.*)
Le conoceis?
MARQ. Yo no.
RODRIG. Pronto Castilla
sabrá decirlo á la insensata Flandes...
Pretende ver al Rey?
MARQ. Es su deseo,
y el mio.
RODRIG. Y el del Príncipe?...
MARQ. Lo ignoro.
RODRIG. Tendrá del Rey la apetecida audiencia.
MARQ. Nunca os hallé tan complaciente.
RODRIG. Esceso
de mi buena amistad.
MARQ. Mayor si cabe...
RODRIG. Me permitis?... Su Magestad...
MARQ. Es justo:
señor Vazquez, adios.
RODRIG. Tal vez mañana
verá don Juan al Rey... os lo prometo.
(*Risas irónicas.*)
Don Juan!...
MARQ. No me direis?...
RODRIG. Es mi secreto.
(*Váse.*)

ESCENA V.

El Marqués de Dénia.—El Presidente de órdenes.
El Conde de...—El Duque de...

Presíd. Señor Duque, mirad... En la tristeza
de estos lugares se conoce...
Duque. Importa
su vida mucho. Desventura grande
fuera para la España...
Presid. Aunque es anciano
el Rey Felipe, los destinos rige
de esta nacion con vigorosa mano.
Veo al Marqués allí; Su Señoria
(Acercándose al Marqués.)
podrá decirnos... Por desgracia es cierto
que el Rey sigue peor?...
Marq. Ya los doctores
poca esperanza dan de mejoria...
Un consuelo no mas en este mundo
le queda á nuestro amor: Dios en el cielo
recibirá su alma!
Presid. Oh desventura!
Pobre nacion si el cetro no heredase
del Rey Felipe la sagrada hechura!
Marq. *(Dándole la mano y haciéndole una reverencia.)*
Presidente, es verdad...
Duque. Tambien Felipe
se llama de su trono el heredero!...
Marq. *(Lo mismo.)*
Señor Duque, tambien...
Conde. Feliz monarca
si acierta en elegir su consejero!
Marq. *(Lo mismo.)*
Bien, señor Conde, adios.

ESCENA VI.

El Presidente de órdenes.—El Duque de...—El Conde de...—*Poco despues* Rodrigo Vazquez *y* Felipe II, *que camina con dificultad, apoyado en una muleta y en el brazo de* Rodrigo.—*Toma asiento junto á la mesa.*

Presid. Si es imposible
que el Rey esté peor... Rodrigo Vazquez...
(Dirigiéndose á la puerta por donde se presenta el Rey.)
Rodrig. *(Anunciando.)*
Su Magesiad...
Presid. Señor... interesados
en saber...
Rey. Ya por fin esta mañana
la misa pude ver en la capilla:
(Señalando la pierna.)
hemos hecho la paz por un momento.
Presid. Qué infamia!
Rey. Loco estais?
Presid. Desesperado...
porque... me han dicho... pero al veros salta
de gozo el corazon alborozado.
Si os lo dije!... El Marqués nos engañaba
y á la dolencia que os aflije ahora,
mas gravedad de la que tiene daba.
Rey. El Marqués?...
Presid. Y á juzgar por su semblante,
que la espresion que le conviene toma,
cual si fuese el de un hábil comediante,
le pesaba tal vez...
Rey. El presidente
de mi consejo de órdenes ignora?...
Presid. Y es muy bueno el color de la mejilla,
y es la mirada, la mirada aquella,
que brilló en San Quintin, la que alentaba
las obras de la octava maravilla,
del Escorial...
Rey. Oid: mi testamento
dispuse en Badajoz; solo presente

de mi consejo de órdenes estaba
el locuaz, indiscreto presidente.
(*Con intencion al presidente.*)
Los designios de un Rey quemar debieran
del que los cuenta la garganta!...

PRESID. Cielos!

REY. Dejadme solo con Rodrigo Vazquez.

ESCENA VII.

EL REY.—RODRIGO VAZQUEZ, *que coloca la bolsa de los papeles sobre la mesa.*

RODRIG. Señor, oísteis?

REY. Si.

RODRIG. Como un azote
la vida tienen de su Rey...

REY. Es cosa
muy natural; el vigoroso empuje
de la ambicion entre los hombres, nada
respeta, Vazquez; si á su impulso cruje
la diadema real y el que la ciñe
es un anciano á quien la edad agovia,
abandónela, pues, y el gran misterio
de la divina institucion sepulte
en la celda de un santo monasterio.

RODRIG. Abdicar? Está bien... Pero un vasallo
tiene derecho?... Responded?...

REY. Rodrigo,
no pienso castigarle, pues me callo.

RODRIG. El Marqués...

REY. El Marqués!... Y quién nos dice
que es el de Dénia solo?...

RODRIG. Y la justicia
igual no debe ser? Qué nos importa
que muchos sean los traidores?...

REY. Basta.
No intento al cabo de mi vida inquieta
sondar la llaga en que tu mano ha puesto
el dedo previsor... Setenta años!
Y la tumba á mis piés! Será prudente,
Rodrigo Vazquez, acabar á un tiempo

de esta nacion magnánima y valiente
con el Monarca, el sucesor y el trono?
Una vez sola combatir es dado
de frente al punzador remordimiento...
El Príncipe quizás!... La ley es una!...
Pues bien... para aplicarla, atrevimiento
le falta al corazon... Setenta años
y la tumba á mis piés!...

RODRIG. No tal...

REY. Rodrigo!...
el despacho.

RODRIG. *(Enseñándole un pliego.)*
Señor, un sacerdote
á Vuestra Magestad pide licencia
de legar á su hija, para dote,
setecientos ducados en herencia.

REY. Es la hija de un clérigo?... Con ciento
de sobra tiene... Informacion hicisteis
del Duque?

RODRIG. Sí señor; está muy pobre;
las deudas ademas...

REY. Dos mil escudos
de mi tesoro se le den.

RODRIG. Al año?

REY. Todos los meses, y guardad secreto.
Es el Duque de Sessa un buen soldado
y un buen gobernador de milaneses:
muy pródigo en verdad, pero es honrado.

RODRIG. Dos mil escudos son todos los meses!...

REY. Para su mesa.

RODRIG. *(Con otro pliego en la mano.)*
El secretario Vazquez
de Salazar me remitió la nota
que le pidió Su Magestad...

REY. Qué dice
del Cardenal Jimenez de Cisneros?

RODRIG. Que fué la aurora de la pobre España.

REY. De la nobleza los odiados fueros
echó por tierra.

RODRIG. Su opinion...

REY. La mia
en este asunto es ley; Condes y Duques
gentiles-hombres de mi cuarto sean

y nada mas.

RODRIG. Señor, de un grave asunto...

REY. Cuál es?

RODRIG. Al fin de la revuelta Flandes
los pordioseros...

REY. Los Paises Bajos
han de arruinar á la nacion hispana.
Oh si pudiera tan costosa herencia
sin mancha en el honor dejar mañana!

RODRIG. Sin esperanza al fin en la victoria,
el regicidio decidieron...

REY. *(Levantándose.)*
Cómo?...

RODRIG. Sí, buen Monarca; tan infame grito
al cabo resonó, me lo advirtieron
los espias...

REY. Qué mas?

RODRIG. Ya el emisario
se halla en el Escorial.

REY. Plebeyo?...

RODRIG. Es Conde.

REY. Habló?

RODRIG. Con el Marqués...

REY. Con el de Dénia?...

RODRIG. Y tambien con el Príncipe...

REY. Y en dónde?

RODRIG. En este cuarto...

REY. Aquí?... Rodrigo Vazquez!
pensadlo bien!...

RODRIG. Responde mi cabeza.

REY. Habló con el Marqués?

RODRIG. Yo los he visto...

REY. Y en este asunto se mezcló Su Alteza?...

RODRIG. *(Dándole unas cartas.)*
Mirad: las cartas son de mis espias...

REY. *(Leyendo.)*
Cierto... Veamos... «Con supuesto nombre...
es hijo suyo... su intencion...»

RODRIG. Infame!...

(Dándole otras cartas: examínalas el Rey.)
Estas las cartas son que el regicida
al Marqués entregó: recomendado
por el Conde...

(El Rey toma las cartas; se dirige á la mesa y las confronta con otras.)

REY. Imposible!...
RODRIG. Acaso duda
Su Magestad de la verdad que digo?
REY. No tal, Rodrigo... pero... si... Fingidas
(Confrontándolas.)
las cartas son que el asesino ha puesto
en manos del Marqués...
RODRIG. Señor...
REY. Miradlas;
del Conde ilustre se fingió el escudo,
y la firma tambien.
RODRIG. Y qué bien hecho
está el escudo!...
REY. Os ofuscó, Rodrigo,
esa rivalidad que hay en el pecho.
Es fuerza castigar tal villania...
mañana, ahora, en el instante... Es justo.
Un regicida!... Examinarle quiero.
RODRIG. Y si atrevido...
REY. Del honor al crimen
no pasa fácilmente un caballero.
RODRIG. Señor!...
REY. Rodrigo, conocer los hombres
es el deber primero de un monarca;
despues ser justo. Vos... tened paciencia,
si mi cariño consignar no puede
vuestro favor por cláusula en mi herencia.
Nada en el mundo existe que no acabe!
Todo á la voz de los sepulcros cede!
RODRIG. Es verdad!...
REY. *(Aparte.)*
Regicida!... El caso es grave.
No por mi vida... Por el trono, santa
institucion que en Dios tiene su origen,
siendo imágen de Dios, los que en el trono
de las naciones el destino rigen.
Vamos, Rodrigo; por el campo intento
un rato caminar. Me encuentro fuerte
y tengo para mí que está lejana,
gracias á Dios! la hora de mi muerte.
La fábrica inmortal examinemos

del Escorial y sus cimientos sean
tambien cimientos de mi eterna gloria;
guarde la sombra de sus altos muros
de Felipe segundo la memoria.
Despues veremos la que el mundo llama
santa de Dios y en San Lorenzo vive...
(Aparece el Marqués en la puerta del foro.)
Quién se acerca?

RODRIG. El Marqués...

ESCENA VIII.

EL REY.—RODRIGO VAZQUEZ.—EL MARQUÉS DE DÉNIA.

MARQ. Tan aliviado
Su Magestad!...

REY. Un poco: de repente
la mejoría fué: mi justiciera
(*Toma la mano del Marqués* y *examina su fisonomía: el Marques tranquilo, impasible.*)
mano se agita aun. (Está inocente.)
(*Dejando al Marqués: aparte á Rodrigo.)*
Vamos á casa de Beatriz, Rodrigo.
(El Marqués acompaña al Rey hasta la puerta del foro.)

MARQ. En casa de Beatriz don Juan me espera.
(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO,

Sala pobre: mesa con tapete encarnado; algunos taburetes, ventana en el fondo; puerta á la derecha y á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, *arrodillada.*

Vírgen, madre del Ungido,
señora del alma mia,
consuelo del afligido,
concédeme lo que pido,
ó Santa Vírgen María.
Humilde vuela mi acento
entre esperanzas á vos;
matad este pensamiento
irresistible, violento,
que me avasalla... Por Dios!
Que no es posible ya sé
dar vida al hijo del alma,
pero, señora, por qué
me va faltando la calma
y en tu indulgencia la fé?
Tantos años de pesar
y de amargura y de llanto
y no poderle olvidar!...
Entre llamas vi espirar
al hijo que amaba tanto!...
Vírgen, madre del Ungido,
señora del alma mia,
consuelo del afligido,
concédeme lo que pido,
ó Santa Vírgen María.
(Váse por la derecha.)

ESCENA II.

El Conde de Egmont, *entrando por la puerta de la izquierda.*

Si, de Beatriz es la morada; el aire
puro y consolador que ya respiro,
este silencio religioso, aquella
sagrada imágen que temblando miro,
todo me dice que fijé mi planta,
quizás para consuelo de mi vida,
de esa mujer en la vivienda santa.
Si me atreviese á demandar consejos
á su mucha virtud, tal vez cayera
de mi mano el puñal del regicida,
y en una eterna paz se convirtiera
la agitacion de mi presente vida.
Sí, yo no puedo ahogar la incertidumbre,
del corazon la infatigable lucha.
Cuando recuerdo su agonía y veo
sin compasion verter su noble sangre,
su quejido mortal mi oido escucha,
y á la violenta imprecacion que lanza
mi rabia contra el Rey, armo la diestra
del sangriento puñal de la venganza...
Mas si desnudo á mis voraces ojos
mi mano ofrece el hierro regicida,
el grito de mi honor se alza tan fuerte,
que tengo, en mi conciencia estremecida,
por justa acaso su violenta muerte...
Porque da horror de la traicion, del crimen
la senda recorrer... Beatriz es santa
y recibe de Dios revelaciones...
Su voz tal vez me detendrá; su acento,
si es un deber en mí vengar su muerte,
me obligará á cumplir mi juramento.

ESCENA III.

El Conde de Egmont.—Beatriz.

Beat. Mas tranquila me siento... Me parece...
(Reparando en el Conde.)
Conde. Señora, perdonad mi inadvertencia...
Beat. De una infeliz á la morada triste,
qué os puede conducir?... Con tal misterio
la estancia recorreis, que me acobarda
vuestro ademan...
Conde. Si me hallo en la presencia
de una santa de Dios...
Beat. Cosas del vulgo
que se atreve á fallar por la apariencia.
Soy una humilde pecadora.
Conde. En vano
negármelo quereis: yo sé que el cielo
derrama sobre vos el don divino
de su sagrada inspiracion, y acudo
á vos, buscando bienhechor consuelo.
Beat. Qué pretendeis?...
Conde. El consultaros dudo;
tengo miedo...
Beat. De qué?...
Conde. Temo que estalle
la cólera de Dios sobre mi frente.
Beat. Es un crímen tal vez?
Conde. Un pensamiento
de sangre; idea que me abrasa, ardiente
como un volcan, que por mis venas siento
como si fuera la existencia; vivo
porque á mi corazon le da alimento.
Beat. Cómo os llamais?
Conde. Don Juan en esta tierra
cuyo monarca por razon de estado
mi patria enciende en espantosa guerra.
Beat. Nacisteis?
Conde. En Bruselas.
Beat. De familia...
Conde. Ilustre.

BEAT. En los escudos de Castilla?
CONDE. En los cuarteles de mi patria.
BEAT. Y cómo
en España os hallais?
CONDE. Esa es la historia
que os vengo á referir, y humilde os pido
la tengais muy presente en la memoria.
BEAT. Hablad...
CONDE. Flamenco y desdichado un Conde,
de rancia estirpe y de valor probado,
el estandarte levantó guerrero
y al palenque voló de las batallas,
á vencer ó morir, buen caballero.
BEAT. Quién fué?
CONDE. Mi padre: se eclipsó su estrella
en la mitad de su camino...
BEAT. Y luego?
CONDE. Le condenaron: en mi lábio el bozo
apenas despuntaba: su postrera
morada... fué un horrible calabozo!
BEAT. Seguid.
CONDE. Sus jueces le juzgaron, jueces
vendidos al monarca de Castilla,
macizas rocas á mis tiernas preces.
BEAT. Vendidos! ... Es verdad!
CONDE. Le condenaron...
BEAT. (*Horrorizada.*)
A ser quemado en una hoguera?
CONDE. Anciana!...
A muerte en un patíbulo afrentoso!
BEAT. Disteis gracias á Dios!... Es una muerte
que no horroriza!
CONDE. Descompuesta turba
presenció la catástrofe. Mis ojos
cuadro tan triste y espantoso vieron;
y era tal de mi ser el estravío,
que cielo y tierra, en el despecho mio,
sacrílegos mis lábios maldijeron.
Huyó la gente horrorizada al golpe
del hacha del sayon. Allá entre sombras
con tardo brillo apareció la luna,
y sus trémulos rayos se estendieron
sobre el cadáver de mi padre el Conde.

Era el Conde de Egmont! Llego, le abrazo...
lanzo un grito... allí está!... No me responde...
y en convulsiva agitacion el brazo
llevo al puñal; á mi placer la hoja
tiño en su sangre; por mis ojos lanza
su rabia el corazon, y el lábio arroja
el juramento al fin de la venganza.

BEAT. Conde de Egmont!...

CONDE. Despues me sonreia
esa idea feroz, engalanando
con sangre mi agitada fantasía.
Pero... una noche, el funeral tañido
de una campana me estremece; el alma
con horrible tormento padecia
y en el templo de Dios omnipotente
busqué del corazon la dulce calma.
Llegué, me arrodillé, doblé mi frente,
de entre mis lábios la oracion se escapa;
y al recordar de Cristo el sufrimiento
moribundo en la Cruz, el llanto empapa
mis ojos y el cruel remordimiento
brota en mi corazon. Desde esa hora
ni un momento de paz. Por la mañana
el inmenso poder de Dios admiro;
mas á la hora en que murió mi padre
sangre apetezco, por mis ojos lanza
su rabia el corazon, y el lábio arroja
el juramento al fin de la venganza.
Qué hacer, qué hacer en tan horrible duda?

BEAT. Padecer y callar!... Porque el destino
injusto fué, provocareis la ira
con un crimen, de Dios? Y quién os dice
que en esta hora, el Hacedor Divino,
salmos no dicte y armonía santa
del mártir en honor? Inmensa gloria
tal vez circunde su cabeza...

CONDE. Y cómo
el recuerdo arrancar de la memoria?

BEAT. Rezad, señor, al pié de los altares,
de llanto abrasador vertiendo mares,
y bajará de la bondad del cielo
el olvido hasta vos, que en este mundo
para tan hondo mal es el consuelo.

Un crímen! Derramar la sangre humana!
satisfacer de la venganza el grito?
Dormir culpable y despertar mañana
en el infierno que engendró el delito!
Trocar de pronto el generoso acero
por el puñal del asesino, y nobles
los blasones rasgar del caballero!
Y brotó en vuestra mente generosa
pensamiento tan vil, sin sonrojaros,
sin que un abismo á vuestros piés se abriera,
y horrorizado en él precipitaros?
Desechad, desechad un pensamiento
que es indigno de vos, porque es un crímen,
mas que un crímen, señor... Es un tormento!...

CONDE. *(Conmovido.)*
Anciana! Anciana!

BEAT. Vuestro pecho oprimen
afectos varios en tremenda lucha,
pero de Dios la inspiracion divina
penetra en vos y el corazon escucha
su omnipotente voz. Libres y sueltas
como las aguas de los anchos rios
desciendan vuestras lágrimas; miradlas
correr á mares de los ojos mios,
por la esperanza, en mi dolor eterno,
de encontrar una paz para este infierno.
Yo tambien, yo tambien acariciaba
pensamientos de sangre, desvarios
de mi razon, y yo tambien un dia
ante el cuadro feroz de la venganza
de contento y placer me estremecia;
porque tambien á mi presencia, jueces
vendidos á ese Rey le condenaron,
y sin piedad, de la afligida madre
el pobre corazon despedazaron...
Silencio, Conde: alguno llega: pronto...
serenad vuestros ojos, que los mios
á llorar y á finjir ya se enseñaron.

ESCENA IV.

El Conde de Egmont.—El Marqués de Dénia.—Beatriz.

Beat. Señor Marqués.
Marq. Beatriz, si no os molesta,
quisiera á solas con don Juan... Asuntos
de gran cuantía...
Beat. Vuestra casa es esta.
(Retirándose.)

ESCENA V.

El Marqués de Dénia.—El Conde de Egmont.

Marq. Fuisteis exacto.
Conde. Obligacion es mia,
y á mas de obligacion, os lo confieso,
Su Alteza me obligó con su hidalguía.
Marq. Pagó vuestra lealtad, como era justo...
Meditabundo estais?
Conde. Quién no alimenta
llanto en el corazon? Desparecieron
mis esperanzas: la ilusion, la idea,
que alentaba mi ser...
Marq. Desengañado
hablais, don Juan: os aquejó sin duda
el venenoso harpon de enamorado?
Conde. Nunca.
Marq. Pobre tal vez!...
Conde. Hacienda tengo...
Marq. Saldreis de España?
Conde. Hablad.
Marq. Arde la guerra
en toda Flandes y con sangre humana
se fertiliza tan hermosa tierra.
Conde. Conquistadores son los que destrozan
de mi patria los campos y montañas;
conquistadores son que allí vinieron
por mandato del Rey de las Españas.

MARQ. Sea en buen hora y escuchad. Su Alteza
que en mucho estima las brillantes dotes
de los flamencos, devolverles quiere
el sosiego, la paz...
CONDE. De qué manera?....
MARQ. Si hay un partido que con noble esfuerzo,
con decision levante una bandera...
CONDE. Y cuál?
MARQ. La de su Rey.
CONDE. Dareis á Flandes?
MARQ. Su religion...
CONDE. Y sus costumbres?...
MARQ. Todo.
CONDE. Rey... Felipe tercero?
MARQ. Y no su hermana...
(Con misterio.)
que es fuerza combatir la dependencia
de una señora que ostentar no puede
un origen legítimo...
CONDE. Prometo
en Flandes levantar el estandarte
que simbolice las costumbres patrias,
la libertad de un pueblo y su grandeza...
MARQ. *(Dándole la mano con amistad.)*
Don Juan!...
CONDE. Cuando gusteis...
MARQ. *(Con misterio.)*
Cuanto mas pronto...
Del Rey Felipe la salud... Su Alteza.

ESCENA VI.

Los mismos.—EL PRÍNCIPE DON FELIPE.

MARQ. Don Juan, señor, de la mision se encargá.
PRINC. Oidme, pues; el Rey su testamento
otorgó en Badajoz; en él dispone
que las provincias de la Flandes sean
la dote de mi hermana. Es afrentoso
á tal disposicion dar cumplimiento.
Flandes es mia; conquistó la España
su posesion, y por guardarla, á mares

sangre española sus praderas baña:
es preciso evitar el desacierto
de un Rey, que cerca de la tumba, olvida
de legítimo padre los deberes.

CONDE. El Marqués me ofreció para mi patria,
de mis servicios y lealtad en pago,
su religion, su libertad, sus leyes,
los usos y costumbres que en herencia
nos dejaron allí nuestros mayores:
lo que ofreció el Marqués, el Rey sanciona?

MARQ. Tal mi promesa fué.

PRINC. *(Despues de cambiar una mirada de inteligencia con el Marqués.)*
Será cumplida.

CONDE. En Flandes brillará vuestra corona.

ESCENA VII.

Los mismos.—RODRIGO VAZQUEZ.—FELIPE II *acompañado de algunos gentiles-hombres.*

RODRIG. (*Anunciando.)* Su Magestad.
(Confusion en el Príncipe y el Marqués: el Conde se retira al fondo pensativo y tétrico á la vez.)

PRINC. Y MARQ. Su Magestad!...

RODRIG. Y acaso
agora dudareis?

REY. *(Ap.)*
No me sorprende...
Don Felipe... qué haceis en este sitio?

MARQ. (*Apresurándose á responder.)* Su Alteza...

REY. Por ventura mis palabras
se dirigen á vos?

PRINC. El mal estado
de la salud del Rey... la grande fama
de santidad que Beatriz... queria
saber de Dios, si su piedad insigne
al monarca español favorecia.
(A una mirada del Rey, todos se retiran al fondo, menos el Príncipe.)

REY. Otorgué en Badajoz mi testamento
y en él mi voluntad es ley suprema;
lo que ordené al morir será cumplido;
y el que á ello falte, la justicia tema
y la ira de Dios... Su Alteza sabe
que su descabellado pensamiento
es liviana ilusion, loca esperanza,
humo que se disipa con el viento?
(Con energía.)
Sabe Su Alteza, para espanto suyo,
que de intrigar á rebelarse media
muy corto trecho?...

PRINC. Rebelarme? Nunca.

REY. *(Con energía.)*
Que de la rebelion al regicidio
no hay mas que un paso?...

PRINC. Gran señor...

REY. *(Id.)* Felipe!
Nieto de emperadores y de reyes,
hijo de un Rey, en tanto que yo viva
un esclavo serás de nuestras leyes.
No olvides que si muero, esa corona
que ceñirás, la gloria y la nobleza
de cien monarcas en tu frente abona.
Ay de tí, si faltando á los preceptos
de tu padre y tu Rey, robas mañana
de tu ambicion al vigoroso empuje
su pobre dote á tu infeliz hermana!
Aquel es.

RODRIG. Sí señor...

REY. Le he conocido,
es el retrato de su padre el Conde.

RODRIG. Mucho sufre, á juzgar por la apariencia.

REY. La idea del delito es un tormento.

RODRIG. Miradle bien, señor...

REY. Desventurado!
Le acosa el roedor remordimiento.
Al tribunal, Rodrigo, hais avisado?...

RODRIG. Si señor.

REY. Está bien. Y Vuestra Alteza,
conoce á ese mancebo?

RODRIG. Es un hidalgo!

REY. Un hidalgo, es verdad. Flamenco?...

(El Rey fija su vista en el Conde: levanta este los ojos y se encuentra con las miradas del Rey: este le pregunta.)

CONDE. Y noble.
REY. Y á España que interés traeros pudo?
CONDE. Ninguno ya.
REY. Dijéronme las cartas
de mis vireyes, que el feroz partido
del príncipe de Orange decretado
mi muerte habia...
CONDE. Y la verdad dijeron.
REY. Y hay en Flandes, don Juan... por vuestro nombre
os llamo, un noble de tan vil esencia,
que admita al fin la comision infame
de asesinar á un Rey? En su demencia
no vió que los cuarteles empañaba
de su escudo feudal, y que la gloria
de un nombre ilustre y su blason rasgaba?
(El Conde se arrodilla á los piés del Rey y quiere besar sus manos.)
No conoció que la valiente mano
de un caballero á manejar no acierta
de un bandido el puñal? Que es un arcano
la existencia de un Rey que solo debe
despedazarla Dios, cuando su boca
al destino le grita «yo lo quiero»?
(A Rodrigo.)
Rodrigo Vazquez, del honor al crímen
no pasa fácilmente un caballero.
Levantaos, don Juan; con vos no hablo,
que sois leal á lo que pienso...
(Se levanta el Conde y vuelve á su primitiva posicion. Aparece Beatriz y se detiene á alguna distancia.)
MARQ. En vano
la calumnia...
REY. Silencio.
(Aparte.)
Regicida!
La monarquía, el porvenir del mundo!...
No, no es bastante espiacion su vida.
RODRIG. Qué es ello, gran señor? Meditabundo
cuando el color á la megilla torna...

PRINCIP. Cuando rie la plácida esperanza...
REY. *(Con severidad.)*
Príncipe, apenas á mi celda llegue,
presentaos al Rey. Quién?
(Reparando en Beatriz.)
RODRIG. La que alcanza
los favores de Dios á manos llenas,
la Santa Beatriz...
REY. Hablarla quiero.
RODRIG. La llamaré...
REY. No tal, iré yo mismo.
(Va derecho á Beatriz, se detiene á la mitad del camino y retrocede y se sienta en un taburete.)
No sé qué repugnancia...
RODRIG. Y elegísteis
para ver á la Santa un fausto dia...
REY. Qué dia?
RODRIG. Aniversario religioso
de aquel auto de fé que en vuestras bodas...
(Las personas que acompañan al Rey, el Marqués, el Príncipe y don Rodrigo se agrupan al rededor de Felipe II y escuchan con interés su narracion. El Conde permanece retirado. Beatriz se adelanta al proscenio.)
REY. Hoy años hace; con placer recuerdo
la régia pompa y magestad solemne
de aquella sacrosanta ceremonia;
de la llama el vapor purificaba
la atmósfera mortal de Babilonia.
De dos en dos el escuadron marchaba
de los hereges; en su torva frente
la falsedad del luterano dogma
se traslucia, y su clamor ardiente
que saludaba al fin el postrer dia
de su existencia criminal, del pueblo
los apiñados grupos conmovia.
Al lado mio... de virtud entonces
modelo, y de beldad resplandeciente
estrella que adoré, doña Isabela,
Princesa de la Paz, Reina de España,
tan sublime espectáculo veia,
y llena de temor, pobre gacela,

implorando piedad se estremecia.
(Al principio de la narracion del Rey, Beatriz permanece impasible: por grados va interesándose en ella. De la indiferencia pasa á la curiosidad, de la curiosidad al interés; del interés al sentimiento. El juego de su fisonomía es el estado de su corazon. Un grito y una risa nerviosa de Beatriz pone fin á la escena.)
Los grandes todos de mi reino, trajes
de oro bordados ostentaban; negro
color vestian los del Santo Oficio,
y reflejando el sol en las corazas
de mis valientes guardias borgoñones,
escelencia mayor prestaba al trono
que funda su poder en sus leones.
De pronto suena celestial, sonoro,
el cántico al Señor... y envuelto en humo
de incienso y mirra, el reverente coro
se lanza en el espacio; el alta nube
toca, la rompe y á las gradas quiere
llegar del trono del Eterno y sube,
y en la presencia del Eterno muere.
Era una fiesta nacional!...

RODRIG. Obispos,
ricos homes, las damas de palacio,
los caballeros de Santiago, el órden
de Calatrava, Alcántara y Montesa,
el duque de Alba en fin allí presente...

REY. Era una fiesta nacional! Brillaba
la corona real sobre mi frente,
esta corona que en el nuevo mundo
con fuerte pecho y con ardor bizarro,
sobre el trono elevó de Motezuma
el valor de Cortés y de Pizarro.
Arde la hoguera que á mi voz enciende
del tribunal el religioso celo;
(Curiosidad en Beatriz.)
chispas de fuego su volcan desprende
que entre humo saltan hasta el mismo cielo.
Rechinan las varillas y se encorvan,
de la asombrada muchedumbre crujen
los huesos y á su voz los luteranos
tiemblan de miedo y de coraje rujen.

Con santo celo y con robustas manos
los arrojan allí... Yo con mis ojos
los ví palidecer por un instante,
despues los ví que se tornaron rojos.
Destilaba su sangre, y el chirrido
que en la llama formó, se parecia
al ágrio son que en el aceite hervido
hace el agua al caer... Feliz momento!
La religion triunfaba y las cenizas
de cien hereges se llevaba el viento.
Uno entre todos por sus pocos años,
(*Interés en Beatriz.*)
por su belleza juvenil llamaba
del pueblo la atencion; el sacerdote
que en hora tan tremenda le asistia,
me dijo luego, que se abrió su boca
(*Agitacion en Beatriz.*)
para esclamar tan solo... «madre mia.»
Con planta firme y corazon resuelto
y elegante ademan llegó á la hoguera;
pálida la color de su semblante,
risueño, afable, colocóse él mismo,
(Estremecimiento en Beatriz; sus ojos quieren saltar de sus órbitas, sacudimientos nerviosos, etc.)
sin quejarse una vez, sobre la pira.
La llama quema sus vestidos, quema
su tersa piel y á mis balcones mira
sonriéndose siempre. Un arzobispo,
su tio, por la víctima intercede...
«Piedad, piedad...» me grita. La princesa
por su lado tambien despavorida,
de compasion intempestiva presa,
«perdon, esclama: en gracias de mis bodas
dadme señor del infeliz la vida.»
«No, no... justicia, respondí... Si fuera
mi hijo Carlos el infame reo,
viérale arder en tan sagrada hoguera.»
Arde el mancebo en la encendida llama;
yo veo al fin la contraccion nerviosa
de su semblante; saltan con violencia
sus ojos de las órbitas; se estira,
se encoje luego, se revuelve, ruge

como un leon, las brasas de la pira
se desparraman, en el fuego escarba
con piés y manos; al violento empuje
del corazon que su existencia ahoga,
hace un esfuerzo y con amarga, impia
serenidad, mirando á mis balcones
esclama el luterano... «Madre mia.»
¡Ni una palabra para Dios!...
(Movimiento de disgusto en las personas que rodean al Rey al saber la conducta del impío. Beatriz que ha luchado tanto tiempo por sofocar sus sentimientos, dá un grito y cae en tierra sin sentido. Todos los cortesanos y el Rey vuelven su atencion á Beatriz. El Rey se levanta, y dice:)

Qué es ello?

PRINC. *(Acudiendo á su socorro.)*
Es la santa.

MARQ. Beatriz... y sin sentido!

REY. Levantadla del suelo...
(El Príncipe y el Marqués obedecen y la sostienen en sus brazos. El Conde algo retirado, contempla con asombro cuanto pasa. El Príncipe y el Marqués colocan á Beatriz junto á una ventana.)

RODRIG. Un poco de aire...

REY. Un éstasis tal vez!

RODRIG. Seguramente.

REY. *(Observando á Beatriz.)*
Es muy anciana. Don Rodrigo, vamos...

PRINC. Ya vuelve en si...

REY. Despues, al monasterio...
Quiero hablarla.
(El Príncipe y el Marqués se reunen al Rey.)

RODRIG. Muy bien.

REY. Vamos con pulso.
(Aparte.)
Esta muger... No hay duda... Aquí hay misterio;
y yo he de penetrar en ese arcano;
que aun tiene el pecho decision y arrojo,
y el cetro de los reyes va en mi mano.
(Váse el Rey, acompañado del Príncipe, don Rodrigo, el Marqués y los gentiles-hombres.)

ESCENA VIII.

El Conde de Egmont.—Beatriz, *que recorre la escena, toma de la mano á don Juan y le conduce violentamente al medio del teatro.*

Beat. Venganza!...
Conde. *(Horrorizado.)* No, Beatriz...
Beat. El Rey...Su muerte.
Conde. Un regicidio? Un crimen? Tus palabras
condenaron ha poco el sentimiento
de asesinar al Rey...
Beat. No me preguntes...
de sangre el corazon palpita hambriento.
Como á la sed que me sofoque, juntes
tu sed de sangre.
Conde. Beatriz...
Beat. Venganza!...
Conde. Lo dijistes aqui: porque el destino
injusto fué, provocareis la ira
con un crimen, de Dios? Y quien os dice
que en esta hora el Hacedor divino
salmos no dicte y armonia santa
del mártir en honor? Inmensa gloria
(Con ironía.)
tal vez circunde su cabeza...
Beat. Mientes...
Conde. Rezad, señora, al pié de los altares
y bajará de la piedad del cielo
el olvido hasta vos, que en este mundo
para tan hondo mal es el consuelo.
Beat. No, sangre...
Conde. Derramar la sangre humana?
Satisfacer de la venganza el grito?
Beat. No, no...
Conde. Dormir y despertar mañana
en el infierno que engendró el delito?
Beat. No, no, no.
Conde. Desechad un pensamiento
que es indigno de vos, porque es un crimen,
mas que un crimen, señora... es un tormento...

BEAT. No le escuchásteis? Perdonar no quiso;
metió en mi corazon horrible infierno,
pudiendo formar de él un paraiso.
Ni le movieron el acerbo llanto
de una Reina infeliz, ni las plegarias
de un sacerdote, para echar por tierra
del tribunal las teas funerarias.
Hijo mio!...Señor... era mi hijo!...
el solo apoyo de su triste madre...
al pié de las banderas españolas
en presencia del Rey murió su padre!
Y en presencia del Rey!... Allí le veo...
los bucles de su rubia cabellera
desaparecen entre el humo denso
que forma en torno la inflamada hoguera...
«Y el Rey lo ha visto, con violencia saltan
sus ojos de las órbitas; se estira,
se encoje luego, se revuelve, ruge
como un leon; las brasas de la pira
se desparraman; en el fuego escarba
con pies y manos; al violento empuje
del corazon que su existencia ahoga,
hace un esfuerzo y con amarga, impia
serenidad, esclama el luterano
sin demandarme gracia, madre mia.»
Esperabas, oh Rey, que se humillase
y te pidiera de rodillas?...Nécio!...
mi sangre por sus venas circundaba
y pagó tu crueldad con su desprecio,
porque á la ardiente voz de madre mia,
que allí en la hoguera moribuudo lanza,
(Se precipita sobre el Conde, y se apodera de su puñal.)
que armaba el brazo maternal sabia
del sangriento puñal de la venganza.

CONDE. Beatriz, Beatriz... Mi corazon dispierta
á ese grito de sangre... Por mi mente
(Agitacion.)
misterioso volcan... No sé qué siento...
Quién pudiera arrancar del alma mia
el dardo del feroz remordimiento!

BEAT. *(Con desprecio.)*
Y quién os pide vuestro brazo, Conde?

Una madre española es lo bastante
para llegar y penetrar en donde
es un crimen tocar. Pasó ya el dia
en que de una mujer el lastimero
clamor á los peligros arrojaba
el noble corazon de un caballero.

CONDE. Dadme el puñal... lo necesito... pronto...

BEAT. Conde de Egmont, la sangre generosa
de vuestro padre espiacion demanda...

CONDE. *(Tomando el puñal de manos de Beatriz.)*
Mi puñal!... mi puñal... es mi tesoro.
Ay de ti, don Felipe!...

BEAT. De su muerte
al solo anuncio de contento lloro...
(Rie y llora al mismo tiempo.)

CONDE. Iré á su estancia.

BEAT. Penetrar en ella
es difícil!..

CONDE. Lo sé.

BEAT. Del Rey la astucia
os conoce tal vez...

CONDE. Y qué me importa?

BEAT. Sabeis la suerte que os aguarda luego,
si cobarde...

CONDE. El cadalso de mi padre.

BEAT. Conde de Egmont, os engañais... El fuego!

CONDE. Estoy resuelto.

BEAT. En la arriesgada empresa
solo no ireis...

CONDE. De qué servis, anciana?

BEAT. La soledad y los confusos ayes
del monasterio os lo dirán mañana.

CONDE. *(Se arrodilla.)*
Señora, de rodillas: ¡que el infierno
reciba nuestras almas, si del crimen
retrocedemos en la senda! Muerte
al hipócrita Rey de las Españas!...

BEAT. Amen.

CONDE. Lo juro por mi padre...

BEAT. Juro
por el hijo infeliz de mis entrañas!
(Se levantan).

ESCENA IX.

Los mismos.—Rodrigo Vazquez.

Conde. Silencio...
Beat. Quién se acerca?
Conde. (*Saludando.*) Don Rodrigo...
Rodrig. Mañana el Rey escuchará en audiencia particular vuestra demanda, en punto de las cuatro.
Conde. Está bien.
Rodrig. Y de seguida quiere Su Magestad vuestra presencia, hermana Beatriz...
Beat. Que el cielo os guarde!

ESCENA X.

El conde de Egmont.—Beatriz.

Conde. Señora...
Beat. Ya lo veis, la Providencia á nuestra rabia le arrojó.
Conde. Sereno aunque en presencia de su córte...
Beat. Caiga víctima del puñal ó del veneno.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Celda del monasterio del Escorial en que murió Felipe II. Una mesa con papeles y escribanía: otra con un vaso de agua y dos ó tres botellas. Un sillon y enfrente de este otro en que el Rey coloca la pierna: dos ó tres taburetes en diferentes puntos.

ESCENA PRIMERA.

El Rey.—El Marqués de Dénia.—Rodrigo Vazquez.

Rey. Oid, Marqués: el descontento mio
puede seros fatal: la inesperiencia,
la indiscrecion en mi real morada
es pecado tal vez, que mi clemencia
no acierta á perdonar. La respetada
corona ostento aun sobre mis sienes
de los vastos dominios españoles:
nadie es Rey mas que yo. Cuando sucumba
y al golpe caiga de la ley eterna,
levántese otro Rey sobre mi tumba.
Marqués de Dénia, si el destino os lleva
ó el capricho real os ordenare
gobernar la española monarquia,
sed consejero fiel; no deslumbrado
por las lisonjas de estrangeros reyes
encadeneis la voluntad del trono,
rompais de España las antiguas leyes.
Ay de vos, si os teneis por muy seguro
cuando os halague de palacio el viento!
Antonio Perez se encumbró en Palacio!
Antonio Perez descendió al tormento!

Marq. Señor!..

Rey. Dejadme solo... Don Rodrigo...

ESCENA II.

El Rey.—Rodrigo Vazquez.

Rey. Mi noble servidor...
Rodrig. Mi vida toda
noble vasallo os consagré.
Rey. Se acerca,
consejero leal, ese momento
en que del trono la privanza, es humo
que se disipa en el postrer aliento
del monarca.
Rodrig. Señor...
Rey. No me presumo
mas de lo que es; y la verdad, Rodrigo...
padezco mucho y el dolor es tanto
que no le templa el jugo de las flores.
El aviso á Beatriz?..
Rodrig. Le ha recibido
con gran satisfaccion.
Rey. Envuelta brilla
su santidad en misterioso arcano,
y por si daña á la corona, quiero
Rodrigo, en él introducir la mano.
Me llamó la atencion su parasismo.
Rodrig. He pedido en el pueblo informaciones.
Rey. Y qué dijeron?
Rodrig. Nada que acrediten
en daño de Beatriz murmuraciones
de gente lenguaraz, mal avenida
con la piedad de sus cristianas obras
en el retiro de su santa vida.
Rey. Mujer estraña...
Rodrig. Su virtud es mucha.
Rey. Violenta agitacion la dominaba...
aun en mi pecho retumbar se escucha
su quejido mortal cuando acababa
la historia yo del luterano impio.
Y ese Conde de Egmont?
Rodrig. Con ella hablaba
al presentarme en su mansion de nuevo.

REY. *(Levantándose: se pasea apoyado en el brazo de Rodrigo.)*
Dáme tu apoyo; examiné despacio
la cara de Beatriz... Es muy anciana...
Me pareció reconocer en ella...
En los abriles de su edad temprana
sin duda fué de la española córte
rico joyel, por su redonda frente,
rasgados ojos y galano porte:
me pareció reconocer en ella...

RODRIG. Siempre, oh Rey, la memoria está presente
de la Princesa de Eboli...

REY. Y el Conde?

RODRIG. Qué se hace de él?

REY. Rodrigo, de los reyes
el trono afirma y el prestigio asienta
la aplicacion entera de las leyes.

RODRIG. Severidad!... Los españoles aman
con delirio á su Rey... tenedlo en cuenta!
El Conde es criminal y morir debe;
no es cosa, no, de que en su infame crimen
un regicida el porvenir se lleve
de esta nacion.

REY. Si arrepentido acaso
viene á mis piés y su perdon me pide..:
la clemencia en un Rey...

RODRIG. La acepta el pueblo
como debilidad.

REY. Y mas agora!

RODRIG. Los pordioseros! En poder ganaron
porque de Flandes fué gobernadora,..

REY. Silencio... Ya otorgué mi testamento:
dejo á la hermana de Su Alteza á Flandes.
No puedo mas.
(Sentándose.)

RODRIG. El Príncipe...

REY. Se opone...
Es una intriga de palacio... en ella
mezclado está el Marqués.

RODRIG. Con mano fuerte
desbaratarla es conveniente...

REY. Y cómo?

RODRIG. La prision del Marqués...

REY. Le engrandeciera,
y si ha de ser privado en adelante,
con ella Rey de las Españas fuera.
Importancia le doy si le castigo.
Quién?
RODRIG. El Conde de Egmont.

ESCENA III.

EL REY.—EL CONDE DE EGMONT.—RODRIGO VAZQUEZ *un poco retirado.*

REY. Ha sido exacto...
Vuestro nombre es don Juan?
CONDE. Ese es mi nombre.
REY. Venis de Flandes?
CONDE. Me crié soldado
y ya en un mar de alborotadas olas,
ora en los campos de la patria mia
sostuve las banderas españolas.
REY. *(Con ironía.)*
Modelo sois de lealtad flamenca...
Sin duda amontonásteis los laureles
en lides cien, para adornar mas tarde
con ellos escusones y cuarteles
del escudo feudal de vuestras armas.
CONDE. Cumplí mi obligacion.
REY. (*Con intencion.*)
La habeis cumplido?
CONDE. Señor!...
REY. Por qué os turbais?...
CONDE. *(Con embarazo.)*
Los resplandores
del Rey deslumbran...
REY. No deslumbrarian
á los que ingratos y á la fé traidores
que juraron al Rey, el estandarte
de la flamenca rebelion levantan,
y aguzando el puñal del regicida,
del monarca español la muerte cantan.
CONDE. Señor, no todos al honor faltaron:
señor, no todos con oprobio y mengua

la fé mintieron que á los piés juraron
del monarca español, que fueron muchos
los que obediencia con teson negaron
á los mandatos de Castilla...

REY. A todos
obedecer, don Juan, les ordenaba
su humilde condicion.

CONDE. *(Con amargura.)*
Eran esclavos!...

REY. Esclavos, sí, del esforzado brio,
del noble arrojo y voluntad de hierro
de este pueblo español, del pueblo mio.
Teneis razon; no todos, que leales
algunos hay, don Juan: os lo confieso.
y vos sois el mejor...

CONDE. Aun no he ganado
tan alta preferencia; vendrá dia
en que quizás mi nombre...

REY. Buen soldado
dicen que sois; por de maduro seso
os tiene el Conde y la confianza mia
ganásteis ya: llegad. De un Rey al lado
nunca está mal la vigorosa espada
de un mancebo.

CONDE. *(Aparte.)*
Valor!...

REY. *(El Rey observa con cuidado todos los movimientos de don Juan.)*
Don Juan...

CONDE. *(Aparte.)*
Perdona,
padre infeliz, si por vengar tu nombre
mancho el blason de tu feudal corona.

REY. De qué me acusa la rebelde Flandes?
Quién fué el primero que meció pendones
de guerra y mortandad? Si á sus banderas
arrojé de Castilla los leones,
si surcaron sus golfos mis galeras,
si hundí su vergonzosa bastardía
bajo el peso mortal de los laureles
del pueblo de las Navas de Tolosa...
hice yo mas que sostener derechos
que en su delirio disputar queria

la vil traicion de sus cobardes pechos?
Decídmelo, don Juan, de qué se quejan?

CONDE. Destilan sangre las murallas todas
de las flamencas poblaciones; sangre
tiñe las puntas de las lanzas godas:
de los rebeldes compatriotas mios
tanta se derramó, que las corrientes
oh Rey, tiñeron de los anchos rios.
Ni una vez la clemencia, ese atributo,
grande, sublime, celestial, sagrado,
que á la divina institucion del trono
en sus bondades regalára el cielo,
no llegó, ni una vez, en las heridas
el jugo á derramar que dá consuelo
clamando gracia y perdonando vidas.
Siempre el castigo descendió del trono
y jamás el perdon!

REY. Don Juan quisiera
debilidad en el Monarca? Justo
á vuestro ver y conveniente fuera,
sin castigo dejar á los traidores
que sublevaban á su vez las turbas,
siendo vasallos para ser señores?

CONDE. Oid.

REY. Rodrigo... Por lo que oigo, creo
que el gobierno acusais del Duque de Alba?
(Don Rodrigo se coloca un poco mas cerca del Rey.)

CONDE. Si, si; le acuso de asesino.

REY. Pruebas. .
(Levantándose.)

CONDE. Señor!...

REY. Yo fui quien dirigió su mano.

CONDE. *(Aparte metiendo la mano en el pecho y dejando entrever el puñal.)*
Padre mio!...

REY. Yo fui...

CONDE. *(Con ira reconcentrada.)*
No lo sabia...

REY. Era forzoso con tranquila frente,
con grande astucia y vigoroso celo
(Agitacion en el Conde, que al fin se precipita sobre el Rey gritando: «Venganza.»)

un dique levantar á ese torrente.
Loca de orgullo y de esperanza ébria
la rebelion de los Paises Bajos
atacó la mitad de mi corona,
y al defenderla de tan rudo embate
se alborotó mi sangre borgoñona.
Un Conde, ilustre por su antiguo nombre
y cuya estirpe su blason no abate
á las flores de lis, ni á la grandeza
del águila imperial, incauto y loco
acaudilló la torpe muchedumbre,
y ya del crímen en la espuesta cumbre
mi trono tuvo y mi poder en poco.

CONDE. Sin duda quejas de su Rey tenia...

REY. Un buen vasallo presentarlas debe
al trono, con respeto; rebelarse
nunca.

CONDE. De altiva condicion el Conde,
quiso mejor en confusion y ruinas
y en propia sangre, por su patria al cabo,
sepultar el laurel de Gravelinas;
por ello acaso se arrojó al abismo
de aquella rebelion...

REY. Y qué bandera
seguia el desleal? En mis provincias
mi voluntad es ley.

CONDE. Mas ser debiera
la ley, la voluntad de los monarcas.

REY. Por ese lema batallaba el Conde,
por ese lema sublevóse Flandes,
pero mi autoridad mas poderosa
que tan loco, insensato clamoreo,
supo con tiempo levantar un dique
y en sangre ahogar su criminal deseo.

CONDE. Tal vez, señor, venganzas fructique
la sangre derramada...

REY. No lo creo...
no se ha borrado el espantoso dia,
el último de Egmont, de la memoria:
la rebelion triunfante aparecia,
mas de esa rebelion sellé la historia
con la cabeza de su gefe el Conde...
Era el Conde de Egmont: desde la altura

de mi régio dosel miré su frente
y en un cadalso recibió su crimen
el castigo...

CONDE. Venganza!
(Se precipita sobre el Rey con el puñal en la mano: interpónese Rodrigo y detiene su brazo.)

REY. *(Retrocediendo.)*
Regicida.

RODRIG. Guardias.
(Aparecen cuatro monteros de Espinosa que se llevan al Conde.)

REY. Tienes razon; verle no quiero...
el Conde es criminal y morir debe...
no es cosa, no, de que en su infame hazaña,
de esta nacion el porvenir se lleve.

ESCENA IV.

EL REY.—*Poco despues* EL PRÍNCIPE DON FELIPE.

REY. Perdonar? Para qué? Se me quejaron
de la severidad del Duque de Alba...
Oyó sus votos mi real clemencia
y con un regicida me pagaron
tan inmensa bondad. Es imposible,
(Se sienta.)
imposible sufrir por muchas horas
tan punzante dolor!...

PRINC. Señor, es cierto
lo que refiere don Rodrigo?...

REY. El dia
se acerca ya de que subais al trono,
y por última vez en mi aposento
lecciones os daré, que la esperiencia
vino á enseñarme en el real asiento.

PRINC. *(Arrodillándose.)*
De hinojos á los piés de mi monarca...

REY. Hais hecho bien en humillar la frente
ante la magestad de mi corona,
y nadie mas que vos debe mirarla
con respeto, si firme en la cabeza
sostenerla quereis...

PRINC. Os lo prometo.
REY. Sed inflexible al aplicar las leyes,
que la justicia en sus cimientos clava
el trono vacilante de los Reyes.
PRINC. Juro, señor, por la sagrada insignia
que en el pecho llevais, con justiciero
mando regir el inmortal destino
de la española monarquia.
REY. Quiero
que las provincias de la Flandes sean
el dote de tu hermana.
PRINC. Y es prudente
medida tal?
REY. *(Con dignidad.)*
La maldicion te siga
por do quiera, de Dios, si inobediente,
futuro Rey, á mi precepto faltas...
PRINC. *(Levantándose.)*
Juro cumplirlo...
REY. Al empujar el dia
de tu reinado la brillante aurora,
un acto insigne de clemencia alumbre
con sus rayos de paz la monarquia.
PRINC. Rey don Felipe, sí; grato consejo
que no se borrará de la memoria,
libre mi nombre, como el sol de manchas,
eternamente brillará en la historia.
REY. Y si de Francia la ambicion y encono
guerras declara y socabar procura
las régias gradas de tu escelso trono,
no olvides, no, que se hospedó en la torre
que llaman de Lujan su Rey Francisco...
PRINC. Lo sé, gran Rey...
REY. Con Inglaterra siempre
gran deferencia y amistad, en tanto
que no puedan las naves españolas
renovar los laureles de Lepanto:
mas si amanece tan hermoso dia
y el hispano pendon sobre las olas
del espumante mar sus lienzos tiende,
encadena á tus plantas la heregía
que sus ciudades envilece...
PRINC. Y Roma?

REY. Santo respeto al sucesor de Cristo!
Y si astuto y audaz el Vaticano
bulas dictare, que á menguar tendiesen
de tu régio dosel las regalías,
busca sin miedo en el profundo arcano
de mi gobierno las lecciones mias.
La senda es fácil y quedó trazada:
del Vaticano á la ambicion, responda
de un capitan la vencedora espada.

PRINC. Padre mio, está bien; glorioso ejemplo
al heredero dais de la corona;
quizás la historia os edifique un templo
pero del mundo la ignorancia torpe...

REY. Calumniará á su antojo la memoria
de Felipe segundo? Mi defensa
déjela el vulgo, que la hará la historia.

PRINC. Padre mio, escuchad: hay dos cuestiones
que temo resolver, cuando monarca;
el Santo Oficio la primera...

REY. Y luego?
háblame sin temor...

PRINC. Las religiones
de regulares...

REY. Tribunal es santo
la Inquisicion para atajar los males
del dogma luterano. Antorcha sea
de sus hogueras la chispeante llama
que la herética grey al fin alumbre.
Conventos... pocos en tu reino vea
esa fanatizada muchedumbre
que los autos de fé por juego toma...
De que jamás los capuchinos vengan
en España á vivir, hazte un precepto...
y si pretendes gobernar, Felipe,
tus vasallos en paz, oye en secreto.
De un oculto poder la fuerza asoma,
la compañía de Jesus; vigila
sus pasos, nunca sus riquezas lleguen
á grande altura, y que á la voz del trono,
santa, inviolable dignidad doblegue
tanta ambicion y su naciente encono.
Ay de ti, don Felipe, si prestares
á sus palabras el oido atento!...

Sombra serás de Rey que se disipe
de sus intrigas al confuso aliento!

PRINC. Padre mio...

REY. Las lágrimas enjuga;
necesito valor en esa hora
que ya se acerca. El hombre, don Felipe,
sufre callando y en secreto llora.
Principe, un favorito es la serpiente
que del Rey al abrigo, encaramada
sobre el trono, amenaza la corona;
hunde en el polvo su atrevida frente
cuando mas orgullosa se levante,
y de escarmiento su castigo sirva
aunque á tu pueblo su castigo espante.

ESCENA V.

EL REY.

Mozo infeliz! Con algazara acaso
recibe el don de la corona! El dia
que un fallo de la ley su mano selle,
lo que gane en poder, en alegria
lo perderá su corazon... La sombra
le seguirá do quier del delincuente,
como la sombra á mí de un Escovedo
y del Conde de Egmont!... Su propio hijo!
Será prudente condenarle ahora?
Estando solo... Aqui!... Del monasterio
en el recinto venerable, cuando
las puertas me abre ya su cementerio!...
La clemencia real junto al sepulcro!
Voy á comparecer en la presencia
del gran Rey de los reyes!... El me inspira
junto al sepulcro la real clemencia!

ESCENA VI.

El Rey.—Rodrigo Vazquez.

Rey. No puedo mas...
Rodrig. *(Con tristeza.)*
El regicida pronto
recibirá el castigo de su crimen...
Rey. Rodrigo... qué teneis?
Rodrig. Esa entrevista
con Su Alteza.
Rey. Es verdad.
Rodrig. Los cortesanos...
Rey. Buscan un nuevo sol?...
Rodrig. Y me desprecian...
Cien veces apoyé sus ambiciones...
oh Rey!...
Rey. Te hirió su ingratitud, Rodrigo?
Rodrig. Sí, gran señor...
Rey. Desprécialos, anciano,
te lo exige tu Rey, que es ya tu amigo,
porque al morir te estrechará la mano.
Lloras en una edad tan avanzada?
Tienes un noble corazon! Escucha,
y cúmplase mi voluntad postrera...
Rodrig. Hablad.
Rey. El Conde...
Rodrig. Quién?
Rey. El regicida...
Rodrig. Oh! La justicia...
Rey. La clemencia ahora...
Quiero, Rodrigo, perdonar la vida
á ese mozo infeliz. No sé qué siento,
mas de su padre la memoria triste
me abrasa el corazon y el pensamiento.
Rodrig. La régia voluntad sabrán sus jueces...
Rey. Escribela; es mejor...
(Rodrigo escribe.)
Rodrig. Firmad...
(El Rey firma.)
Rey. Rodrigo...

RODRIG. Qué me ordenais, señor?...
REY. En esa silla,
en tiempo mas feliz tomaba asiento
para baldon y mengua de Castilla,
porque era en mengua de su Rey, el hombre,
el favorito audaz que me engañaba,
Antonio Perez que ultrajó mi nombre.
RODRIG. Señor...
REY. Sus bienes secuestrados fueron?
Vuelva la hacienda á su infeliz esposa.
(Rodrigo escribe.)
Antonio Perez!... Diligente, astuto,
entendido y audaz, hábil, discreto,
reservado!... Un tesoro en él perdido!...
Su loca vanidad!... Venga la pluma,
(Firmando.)
y húndase mi rencor en el olvido.
RODRIG. Señor... os sonreis?
REY. Qué es la grandeza,
Rodrigo, cuando viene acompañada
de tan flaca y ruin naturaleza?
RODRIG. Rey de dos mundos...
REY. *(Sonriéndose.)*
Y atajar me es dado
la eternidad que sobre mi se avanza?
Gracias si á encomendar el alma mia
mi santo rezo, mi piedad alcanza!
(Mirando en derredor.)
Rodrigo... El Escorial!... Toledo, Herrera
sus gigantescos muros amasaron
y á la inmortalidad el nombre mio,
levantando su cúpula, arrojaron.
Las puertas del saber ya tienen francas,
que de la historia el manantial fecundo
mi celo previsor abre en Simancas.
Esto á lo menos quedará en la historia,
monumento inmortal que á España honre,
insigne monumento de mi gloria.
(Apoya la cabeza sobre el pecho de Rodrigo.)
RODRIG. Qué? Señor...
REY. Tengo débil la cabeza...
siento un calor que me sofoca.. .A dónde
vas?

RODRIG. Los doctores?
REY. Para qué?... No importa.
(Señalando á la mesa; Rodrigo le dá un vaso: el Rey bebe.)
Dame, Rodrigo; á su frescura acaso
con mas quietud respirará mi pecho.
El sueño es bienhechor á lo que dicen
los hombres de la ciencia: si viniese
Beatriz, dejadla entrar: hablarla quiero
con toda libertad, que si muriese,
en la presencia de una santa muero.
(Rodrigo se retira despues de besar la mano al Rey.)

ESCENA VII.

EL REY.

Héme aquí solo; abierto en la memoria
el libro está de mi azarosa vida;
penetraré en sus páginas oscuras,
antes que un dia vergonzosa mengua
lance sobre ellas impostor villano
con pluma torpe ó con osada lengua.
Robusto vino á mi inesperta mano
del religioso emperador el cetro:
Italia, Flandes, Inglaterra y Francia
tiemblan á la voz del cenobita
que se humillaba á Dios y no á los hombres,
ahogando en Villalar injustos fueros
que sustentaban orgullosos nombres.
Grande se levantó la monarquia
de entre sus manos vencedoras!... Grande
la recibió despues la diestra mia!
Qué es hoy España? Con orgullo puedo
las lineas recorrer de sus banderas?
Altivos levantaron estandartes
los en el habla y religion moriscos
de la Alpujarra, en la amistad fiados
y mezquino favor de berberiscos;
pero muy pronto á su pesar cedieron,
y débil su traicion desde la cuna,

venció de Cristo la sagrada enseña
y se humilló á mis piés la media luna...
El dogma corruptor brota en el Norte
del luterano audaz; su llama impía
se estiende por do quier; mi propia corte
tiembla á su luz fascinadora: veo
sus rayos sin temor; la audacia mia
un dique opone á su feroz torrente;
nace la Inquisicion; su hoguera santa
alumbra la española monarquía,
y la Iglesia de Dios su triunfo canta...
A Italia y Flandes mi poder subyuga;
del francés la orgullosa altanería
cede á mi voz, y en mi conciencia iguala
el sol de San Quintin al de Pavía.
Para matar la ley del cristianismo,
de entre los mares improviso salta
el turco Soliman, y mis galeras,
salvando el viejo torreon de Malta
del sarraceno infiel, hicieron tanto,
que el mundo entero me envidió mas tarde
al rayo ardiente que estalló en Lepanto...
Cruzan con rapidez el Tajo y Miño
mis bravos tercios: al guerrero empuje
de su brioso corazon el trono
de Portugal en sus cimientos cruje,
y Europa muda en su temor, de Cristo,
junto al leon del castellano escudo,
las cinco llagas asombrado ha visto...
Mis carabelas con punzante quilla,
con anchas lonas y altos gallardetes,
cortan el viento y las revueltas olas
del Adriático mar, y en las Manilas
clavando las banderas españolas,
al mundo gritan que se agita en vano
por denigrar las glorias de Castilla,
que ya en el Asia la corona brilla
proclamada en el golfo mejicano.
(*Levantándose.*)
Alza la frente, oh Rey, aunque ya zumba
en torno tuyo, y tu existencia amaga
el triste viento de la fria tumba.
Grande se levantó la monarquía

de entre los brazos de don Cárlos! Grande
la dejará tambien la diestra mia!
Ya es mucho padecer!... Qué es la grandeza,
Felipe, cuando viene acompañada
de tan flaca y ruin naturaleza?
No puedo mas; mi corazon á gritos
me lo anuncia... Muy pronto en la presencia
del Supremo Hacedor... Solemne hora
aquella en que se vé su omnipotencia!
Ay de la humanidad si su justicia
no suavizára la inmortal clemencia!
(Reclínase el Rey en un sillon y se queda dormido: la escena queda en silencio por algunos momentos: poco despues Beatriz por el fondo.)

ESCENA VIII.

El Rey, *dormido.*—Beatriz.

Beat. *(Acercándose al sillon.)*
Dormido está... Si de la muerte el sueño!...
No, no; respira... Corazon, ya es hora
de que te ensanches... Contemplad, mis ojos,
esa sombra de Rey... Ya mi esperanza
va á realizarse; la ocasion dispone
el cumplimiento fiel de mi venganza.
(Mira en derredor.)
Silencio horrible, soledad tremenda,
magestad de tan santo monasterio,
no sujeteis la tenebrosa venda
que un año y otro me ofuscó... Dormido!
Veamos; esta es la celda oscura
en que el monarca de Castilla reina,
en que el monarca de Castilla apura
la copa del sufrir. La luz sombría
de esa lámpara triste y solitaria
que refleja su rayo vacilante
sobre la noble insignia de Borgoña
y amarillo color de su semblante...
la corona real que los profundos
mares cruzó de la caliente Zona
para asombrar con su esplendente brillo

á las generaciones de dos mundos...
el coro allí del sacrosanto templo...
la cruz del Redentor!... Beatriz, sacude
esa mano de hierro que te oprime
el corazon con su mortal violencia;
no escuches, Beatriz, desprecia, ahoga
el grito acusador de tu conciencia.
(*Despiértase el Rey, y observa.*)
El fué quien le mató. «Piedad» clamaba
el arzobispo... La Princesa á voces
«misericordia, compasion!» gritaba...
(*Acercándose á la mesa y sacando un pomito de cristal.*)
El fué quien le mató!... Cuando penetres,
licor funesto, por su sangre, y corras,
y tu fuego voraz en él derrames,
y en él te cebes con violenta saña,
y en fiebre ardiente su existencia inflames,
y hagas pedazos, como frágil caña,
sus huesos todos... En la sombra veo...
(*Delirando.*)
Me parece... Quién es?... Vapor sombrío
turba mi vista... Es Dios!... su acento escucho;
oigo pasar por mi cabeza el viento
que al estallar su omnipotencia zumba;
cruza el rayo á su voz el firmamento...
su trueno en esas bóvedas retumba...
Es Dios!... con su castigo me conmina...
No es él? No es él!... La Inquisicion, la hoguera...
«Hijo de mis entrañas!...» ya te escucho...
«Piedad, piedad...» Señor... no retrocedo...
(*Con rabia y despecho.*)
con tu orgullosa omnipotencia lucho...
(*Derramando el veneno en el vaso.*)
y he vencido por fin!... Con sed ardiente
saldrá del lecho en que reposa; al lado
suyo me habrá de hallar forzosamente.
(*Alegría, risa nerviosa.*)
Yo apagaré su sed con la tisana...
Padecerá... se arrancará los ojos...
su mente en impetuoso desvarío...
(*Momento de silencio.*)
Falta la hoguera!...

REY. *(Levantándose y se encamina con dificultad á Beatriz.)*
Beatriz...
BEAT. Ahora llegué, señor...
REY. Tu exactitud me agrada...
BEAT. No hice mas que cumplir un deber mio al penetrar en la real morada.
REY. Has pensado en mi bien? Tus oraciones subieron hasta Dios, misericordia pidiendo para mi?
BEAT. Si el cielo escucha la humilde voz de su devota sierva, no será larga la tremenda lucha que el corazon os despedaza...
REY. Creo en la sinceridad de tus palabras...
BEAT. Quiera Dios acceder á este deseo!
REY. Beatriz, el Conde sentenciado ha sido...
BEAT. La sentencia firmad del regicida.
REY. Con pecho firme y ánimo resuelto vino en mi estancia á asesinarme; justo perdonarle será... por su nobleza...
BEAT. Perdonadle...
REY. Está bien. Atroz castigo mereciera sin duda, si encubierto, si apadrinado por la sombra oscura, dormido yo...
BEAT. Es verdad...
REY. Los criminales no sienten, Beatriz, remordimientos?
BEAT. Lo ignoro.
REY. Tengo sed...
BEAT. La calentura que os devora, señor...
(Beatriz toma el vaso y se lo presenta)
REY. Esa tisana... la vais á derramar... os tiembla el pulso...
BEAT. La presencia de un Rey...
REY. Qué me dirias, si el Rey Felipe junto al lecho mismo, de su reinado en los primeros dias, visto hubiera á sus piés el hondo abismo

que el ódio de un traidor le preparaba...
qué me dirias, si en su justo enojo,
la sangre del villano derramaba?

BEAT. Y por qué no tocar en el arcano
de su secreto, oh Rey? Quién asegura
que sin razon se preparó su mano
á cometer un crimen? Por ventura
ser no pudiera razonable y justo
de la venganza el cumplimiento?...
(El Rey tiene con una mano el vaso; con la otra sujeta el brazo de Beatriz y quiere obligarla á arrodillarse: esta permanece inmóvil.)

REY. Cuando
la proteccion de Dios libra al monarca,
el criminal abraza la rodilla
de su inflexible juez... Por qué esa inquieta
mirada?

BEAT. Busco al criminal; el fuego
con que hablásteis, señor...
(El Rey lleva el vaso á la boca y fija al mismo tiempo sus miradas en Beatriz. Al ver la tranquilidad de esta, deja caer el vaso sonriéndose irónicamente.)

REY. La sed me abrasa...
Dios, de los Reyes la importante vida
protege, Beatriz.

BEAT. Mas su infinito
poder no alcanza á sofocar ahora
de tu conciencia el implacable grito.
Vas á morir.

REY. Lo sé.

BEAT. Dentro de poco...

REY. Tan cerca estoy de la hora de mi muerte
que ya en la losa del sepulcro toco...
mas aun sobre mi sien el astro brilla
de mi diadema real y tengo fuerza
para arrancar de España la semilla
que comienza á brotar...

BEAT. Yo te aborrezco...

REY. No me engañaste, conocí en tus ojos
de tu virtud la infame hipocresía.

BEAT. *(Con sarcasmo.)*
Eres, Rey, muy sagaz: en todos tiempos

ha brillado tu gran sabiduria:
hable si no, la misteriosa muerte
de Escovedo en Madrid...

REY. Murió el villano,
porque ambicioso levantar queria
en Africa un dosel para mi hermano...

BEAT Tu hermano era don Juan; el que arrollaba
del mahometano vil las carabelas...
el que, despojos de sangrientos mares,
con banderas moriscas adornaba
de la Virgen de Atocha los altares...
tu hermano era don Juan, y el mundo lleno
de la grandeza de su ilustre nombre,
le vió morir y le mató el veneno.

REY. Demonio tentador, déjame solo!...

BEAT. He querido gozarme en tu agonia
y gozarme en tu muerte. No te acuerdas
de aquella fiesta nacional de un dia
en que un mancebo, oh Rey, mi pobre hijo...
al morir esclamaba... «Madre mia?»

REY. (*Corriendo con mucha dificultad por la escena; Beatriz le sigue á todas partes.)*
Madre de un luterano en mi presencia!
Fernando de Valdés!...
(*Gritando.)*
El Santo Oficio!
Piedad, piedad, señor!

BEAT. (*Con voz de trueno.)*
Y en dónde, en dónde
la encontrarás si á otros la negaste?
A tu grito cobarde te responde
tu propia sangre... el Principe don Cárlos...
Parricida!...

REY. Silencio...

BEAT. Parricida!

REY. No mas, no mas... apártate...

BEAT. Padeces?
Agota, oh Rey, agótalas al cabo
de atroz tormento las amargas heces?

REY. Calumnia ha sido que lanzó tu boca
cuanto me has dicho, desahogo torpe
de una muger por sus desgracias loca.
(*La fisonomia de Beatriz espresa la alegria de*

su corazon al presenciar la agonía y los tormentos del Rey.)
Huye lejos de mí; no me persigas...
Don Juan!... Don Cárlos!... Escovedo!... Pronto,
arrancadme, señor, de la memoria,
del secretario de don Juan de Austria
la muerte infame y la sangrienta historia.
Quién está allí?... Corona de laureles
lleva en su frente... Con su planta pisa
alfanges y moriscos alquiceles...
Don Juan! Don Juan!.. Que me calumnia el mundo!
Yo no te asesiné!... Cielos! Qué veo?
No hay duda... mi palacio se derrumba...
mortal sentencia en mi cabeza bulle...
en mi cámara real se abre una tumba.
«Hijo mio!» mi hermano!... Y Escobedo!...
Hundios otra vez en los sepulcros,
sombras audaces de insaciable encono...
Ved, que reinando yo, la vida cuestan
un torpe amor y la ambicion de un trono!
Me amenazan aun? A mí, monteros,
(*En este momento entran Rodrigo Vazquez, el Príncipe y algunos gentiles-hombres: al fin de su delirio el Rey cae en los brazos de su hijo y de Rodrigo.*)
á mí, gentiles-hombres de Castilla,
Duques, Marqueses, Condes, caballeros...
Favor, favor al Rey!...
(*Cae desmayado.*)

ESCENA ULTIMA.

El Rey.—El Príncipe.—Rodrigo Vazquez.—El Marqués de Dénia.—El Presidente de órdenes.—El Conde de... El Duque de...—Gentiles-hombres.—Beatriz, *en la que la agonía del Rey y las últimas palabras de este vuelven poco á poco á la razon y al arrepentimiento.*

Rey. (*El Príncipe y don Rodrigo le llevan al sillon.*)
Llegó la hora
solemne de la vida!... Estos dolores,
esta angustia mortal... esta agonía...

(*Entregándole los papeles firmados en la escena sesta.*)
Heredero del trono de dos mundos...
obedece mis órdenes postreras...
Esta mujer, Felipe, es luterana...
La Inquisicion! la Inquisicion!... Hogueras!...
Perdon!... La eternidad! El cetro mio,
la diadema!...
(*El Príncipe se arrodilla, y recibe de mano de su padre el cetro y la corona.*)

RODRIG. Señor...

REY. Dáme la mano...
(*Muere.*)

RODRIG. Quién sostendrá, gran Rey, de tu corona
el brillante esplendor?

PRINC. El que te escucha.
Mira esa anciana y á los dos perdona.
(*Don Rodrigo y Beatriz se dirigen á Felipe III: este les señala el cadáver de su padre; Rodrigo y Beatriz, llorosa, conmovida, caen á los piés de Felipe II, arrodillados.*)

FIN DEL DRAMA.

CAMINOS DE HIERRO
DEL NORTE.

ESPLOTACION.

OFICINA DE LA INTERVENCION Y DE LA ESTADÍSTICA.

REGISTRO. { NUMERO 17
FECHA

Sr. D.e Travany

vecino de

OBJETO.	INSTRUCCION.